

Primer negro canonizado mediante proceso regular, uno de los santos más populares entre los afroamericanos desde Cuba hasta Brasil, este frailecito, que recuerda al peruano San Martín de Porres, es desde hace más de tres siglos un olvidado santo patrono de la ciudad italiana de Palermo. Gozó en vida de fama casi universal, incluso en España, hasta el punto de que Lope de Vega escribió una comedia sobre su vida, titulada "El santo negro Rosambuco de la ciudad de Palermo".

Alessandro Dell'Aira

San Benito

NEGRO

ALGO MAS

QUE UNA LEYENDA

En 1947, en Nueva York, un año antes de la Declaración universal de los derechos humanos, Ralph Ellison publica *Hombre invisible*, donde describe el drama de los negros de América, visto a través de su propia condición de hombre de color: «Tiras adelante durante años sabiendo que algo no marcha, hasta que un día, de improviso, descubres que eres transparente como el aire. Primero te dices que todo es una broma de mal gusto, o que se debe a la "situación política". Pero, en lo más hondo, sospechas que eres tú mismo el culpable...»

Si un hombre puede ser transparente, ¿qué decir de un santo? Benito de Palermo, o, mejor, de San Fratello, o, todavía más exactamente, de San Filadelfo –siempre en Sicilia, donde recibe el sobrenombre de "il Moro" (el Moreno)– es el primer santo negro canonizado por la Iglesia (en 1807, tras su beatificación en 1743). Testigo indirecto de muchos acontecimientos clave del siglo XVI en el área medi-

terránea, amigo personal de tres vi-reyes españoles, ha permanecido invisible hasta para un historiador de la talla de Fernand Braudel, pese a que su fama entre los negros americanos, sobre todo en Brasil, se remonta a los primeros años del siglo XVII.

A más de cuatro centurias de su muerte, Benito ha vuelto a manifestarse en el lugar de Europa en que más absurdo parece su "redescubrimiento": la ciudad de la que es patrón (junto con Santa Rosalía) desde 1652. Presente desde siempre en su pueblo natal y en la barriada palermitana donde murió y se halla enterrado, Benito está recuperando en Palermo su plena visibilidad de santo por voluntad de la administración local.

"Esclavo" de la Virgen del Rosario

Benito es nieto de africanos subsaharianos, quizá de la etnia yoruba (aunque sea conocido también como "el



Una de las tallas más antiguas de San Benito de Palermo.

de origen noble, cuya fama ha llegado hasta la Santa Sede, y lo sigue por varios lugares de Sicilia. Precisamente aquel año se inicia el famoso concilio de Trento, que promete novedades incluso con respecto a las reglas de la vida monástica. El propio Lanza está muy interesado en ese acontecimiento, pero por varias razones saldrá muy pronto de escena.

En la primavera de 1562, cumpliendo la voluntad de Pío IV de que los eremitas se incorporen a una comunidad, Benito deja el monte Pellegrino y baja a Palermo. Allí, llama a la puerta del convento de Santa María de Jesús, de los frailes menores observantes, fundado en 1221, según la leyenda, por el naufrago proveniente de Africa Antonio de Lisboa, doctor por la Universidad de Coimbra, fraile menor de San Francisco de Asís y futura gloria de Padua. Es admitido en el convento, pero no llega a hacer los votos. No se sabe si alguna vez le propusieron emitirlos, pero lo cierto es que no los pronunció jamás.

Tras haber sido enviado a otras ca-

Virgen de la Leche de mármol muy blanco, obra de Antonello Cagini (finales del siglo xv), aún venerada en una iglesia de San Fratello. Rezan tan bien el rosario que están en condiciones de enseñar a hacerlo a otras personas de su pueblo. Este último detalle se deduce del *Paraiso Seráfico del fertilísimo Reino de Sicilia*, una crónica franciscana del siglo xvii que narra con abundancia de detalles la vida del santo negro.

Teniendo ya unos veinte años, en 1545, Benito conoce a Jerónimo Lanza, eremita y formador de eremitas,

Étiope"), puestos en el mercado de esclavos por los portugueses o comprados en el norte de Africa; sólo la prueba del ADN podrá determinar su origen étnico, como se está tratando de hacer con el emperador Federico II. Su padre, Cristóbal, es esclavo de Vicente Manaseri, del pueblo siciliano de San Fratello (a la sazón llamado San Filadelfo), quien luego le otorga la libertad y lo toma como colono. Su madre, Diana, también había sido esclava. El matrimonio tiene una gran devoción a la Virgen, y probablemente se la representan con el aspecto de una



sas de la provincia, regresa a Santa María de Jesús con fama de fraile curandero y se hace popular dentro de todos los estratos sociales de Palermo. En el convento lleva la administración de la cocina y, aunque es analfabeto, instruye a los novicios. Elegido guardián y vicario del convento en 1578, empieza a reformarlo. Su fama aumenta, se extiende al otro lado del mar y llega a Madrid. También los portugueses se interesan por él, ya que Felipe II, tras conquistar Portugal en 1580, ha incorporado ese reino a la Corona española, en la que permanecerá hasta 1640.

Por aquellos años, un misterioso visitante de piel cetrina fue a ver a Benito a Palermo y se conmovió al encontrarlo con vida, como si temiera (o creyese) que ya había muerto. Una vez fallecido realmente, en 1589, su fama de negro santo genera la leyenda del santo negro, que se propaga también gracias a los mercaderes, los marinos, y los correos de los frailes del reino de España y Portugal.

Lope de Vega —el insigne y prolífico dramaturgo del siglo de oro espa-

ñol, y terciario franciscano— le dedica una comedia. La corte de Madrid, a instancias de la Orden franciscana y con la aprobación tácita de la jerarquía eclesiástica, lo convierte en un santo autóctono para los esclavos negros y solicita su beatificación. Este culto “imperfecto” se difunde en América, sobre todo en Brasil, donde Benito pasa a formar parte de los “santos negros” reunidos en torno a la Virgen (blanca) del Rosario: Ifigenia, Elisbão, Antonio de Categeró (otro negro de Sicilia) y el rey mago Baltasar, cuyas imágenes son aún muy veneradas en Salvador de Bahía, en la iglesia de la Virgen del Rosario de los Negros.

La postura de los franciscanos era casi desafiante frente a los que, mostrándose favorables a la tutela de los indios dispuestos a convertirse, dudaban, en cambio, de que los negros de Africa tuviesen alma. Aquellos buenos frailes querían un “santo esclavo” de la Virgen del Rosario; pero además lo querían “ya” y en el cielo, lo cual los llevó a luchar con todas sus fuerzas para mandarlo allí.

Sin embargo, la devoción a Benito es sobre todo un proceso cultural espontáneo que se produce en los puntos de Europa y América con mayor concentración de africanos deportados. En esos lugares —como Lisboa, Madrid, Cádiz, Oporto, Coimbra y quizá también Palermo y Messina— nacen las primeras cofradías de esclavos devotos del Rosario, promovidas por los blancos. La fama de Benito aletea también en los puertos de los que se zarpa para América y en los que hay un intenso comercio de esclavos: Trapani, Génova, Nápoles, Cagliari, Puerto de Santa María, Valencia, Málaga...

En esos lugares, Benito es asociado más a la ciudad de Palermo que al pueblo de San Filadelfo. De ahí su nombre de San Benito de Palermo en las colonias americanas de España, y de São Benedito (sin topónimo) en las provincias de Brasil. Por lo general, los portugueses lo presentan a los negros como un africano de Africa: las escasas reminiscencias brasileñas de su verdadero origen se remontan a tiempos más bien recientes. Otro caso es el de las huellas de sincretismo con un

En la otra página,
restos mortales de
San Benito de
Palermo, con una
mascarilla de
facciones europeas.
En esta página,
una de las estampas
del santo con una cruz
y un óvalo en forma
de rosario.

AL POCO DE MORIR, SU FAMA DE NEGRO SANTO GENERA LA LEYENDA DEL SANTO NEGRO, QUE SE PROPAGA GRACIAS A LOS MERCADERES, LOS MARINOS Y LOS CORREOS DE LOS FRAILES DE ESPAÑA Y PORTUGAL.

orixá (*ossain*, según Pierre Fatumbi Verger) o un *vodú* (*avrekete*, según Luis Nicolau): una cosa es el sincretismo promovido a través de los siglos por los misioneros mediante la devoción y la iconografía (el rosario y los detalles convencionales de las imágenes), y otra el florecimiento de variantes espontáneas en la tradición oral (católica y afrobrasileña).

Un santo no sólo de los negros

Del 10 al 12 de diciembre de 1998 tuvo lugar en Palermo el segundo congreso sobre "Benedetto il Moro" (www.comune.palermo.it/santo/). El primero se remonta a abril de 1990 (con motivo de la celebración del cuarto centenario de la muerte): un congreso invisible, del que nunca se ha sabido nada.

Las actas del segundo, que ha reunido a historiadores y antropólogos especializados de varia extracción y procedencia, saldrán pronto a la luz. Mientras tanto, continúan las investigaciones sobre cuestiones como los

procesos de beatificación, la "vía legal hacia la santidad", la devoción, la iconografía, los ritmos históricos de los cambios y los aspectos sincrético, literario y teatral. Teatral, sí, porque la saga del santo negro comprende también un ciclo de comedias españolas del siglo de oro, curiosamente aún invisibles y ausentes de los escenarios (algo se ha representado en Palermo en los últimos tiempos, pero se trata de piezas en parte inspiradas en la divertida comedia de Lope de Vega *El santo negro de Rosambuco de la ciudad de Palermo* –importante también como documento histórico–, que se editó en Palermo en 1995, acompañada de un voluminoso comentario).

¿Cuál es, pues, el rasgo más distintivo de esta devoción? Y ¿de dónde o de quién es el santo "reaparecido"? ¿De Palermo, de San Fratello, o de cuantos han venido custodiando y fomentando su devoción a lo largo de los siglos, identificándose en él y canonizándolo desde abajo mucho antes de que la Iglesia de Roma se decidiese a canonizarlo por decreto? No resulta fácil la respuesta. San Antonio de Padua es



co-
noci-
do y ve-
nerado en

Portugal como San Antonio de Lisboa: los frescos goyescos de San Antonio de la Florida, en Madrid, celebran un famoso milagro suyo de la ubicuidad y, por tanto, el policentrismo de esa devoción.

Aunque en el congreso no se abordó explícitamente, la cuestión de la pertenencia del santo negro estuvo latente a lo largo de las intervenciones. Pero lo cierto es que las disputas sobre santos patronos no forman parte de la microhistoria contemporánea ni suscitan el interés de los devotos en las postrimerías de este milenio. Hoy no tiene sentido promover el nacimiento o renacimiento de un santo patrón en un contexto metropolitano y multiétnico recurriendo a la comunicación de masas (salvo mediante el cine de calidad) como antaño se hacía con las artes liberales, esto es, promoviendo el consenso a fin de introducir modelos culturales como modelos de consumo. La devoción

"Blanqueamiento" de San Benito en dos estampas portuguesas, una anterior (a la izquierda) y la otra posterior al terremoto de Lisboa de 1775.



LA DEVOCION A BENITO ES SOBRE TODO UN PROCESO CULTURAL ESPONTANEO QUE SE PRODUCE EN LOS PUNTOS DE EUROPA Y AMERICA CON MAYOR CONCENTRACION DE AFRICANOS DEPORTADOS.

moderna a los santos patronos no parece asimilable a la tributada a los héroes fundadores de las antiguas ciudades de la Magna Grecia, ni a la que dedican hoy las masas a las grandes "estrellas". Para asegurarse de la realidad de esto no hace falta acudir a Guy Debord, el feroz crítico de la sociedad del espectáculo, basta con leer a don Milani.

Devoción local y global

La fuerza de la devoción al santo negro se debe en parte a su condición de policéntrica y multiforme. La información global, que ha contribuido a redibujar el mapa de esa devoción, supone ahora un peligro para ella: el de la uniformidad y la hipertrofia. Por eso, el modo más respetuoso de conocerla —al margen de las grandes campañas financiadas con fondos públicos— nos parece la observación antropológica. Quizá sea oportuno proponer a los vinculados a otras devociones que "descubran" discretamente San Fratello, pueblo natal de Benito, y la ciudad donde el antiguo eremita vivió en un convento y murió con fama de santo. Otros mensajes, como la necesidad de salvar Palermo con el santo negro, o de expiar y alegrarse por su "redescubrimiento", resultan difíciles de com-

prender en Sicilia, así que no digamos fuera. La originalidad del culto reside en su escasa definición y en la distancia entre los centros devocionales.

Es precisamente la distancia lo que nos induce a reflexionar sobre un punto de vista importante, que hay

que leer a la luz de la cultura universal de la tolerancia: «Los hombres son diferentes, toda la vida está dividida y sólo en la división se halla la salvación verdadera». Palabra de Ralph Ellison, el negro roble invisible de Oklahoma City.

La comedia de Lope de Vega

El prolífico escritor español Lope de Vega escribió la comedia *El santo negro Rosambuco de la ciudad de Palermo*. Rosambuco es el nombre que le asigna el dramaturgo español, que se toma no pocas licencias históricas para resaltar la singular figura de Benito: entre otras, lo hace musulmán luchando como esclavo al lado de los turcos contra los españoles. En la obra en tres actos Lope de Vega incluye 13 personajes, uno de ellos llamado *El santo negro*. Aparece también una tal *Lucrecia*, una mujer negra en cuya boca pone Lope de Vega un castellano descoyuntado, que debió de provocar no poca hilaridad en las representaciones de la obra y que hoy resultaría "políticamente incorrecto". Benito dice en la obra que nació en la "adusta Etiopía". Se cuentan en la comedia varios prodigios del "santo, aquel negro bendito", lo que demuestra que ya en vida gozó de fama singular. En el acto segundo y tercero contrapone Lope de Vega la humildad del santo con la envidia de algún fraile, representado por un tal *Pedrisco*. Al final de la obra cuenta el milagro que se opera por su mediación: con su muerte consigue que su antiguo amo difunto recobre la vida. Termina la comedia con estas palabras en boca de uno de los personajes: "Aquí termina la obra / del Santo negro del cielo".

